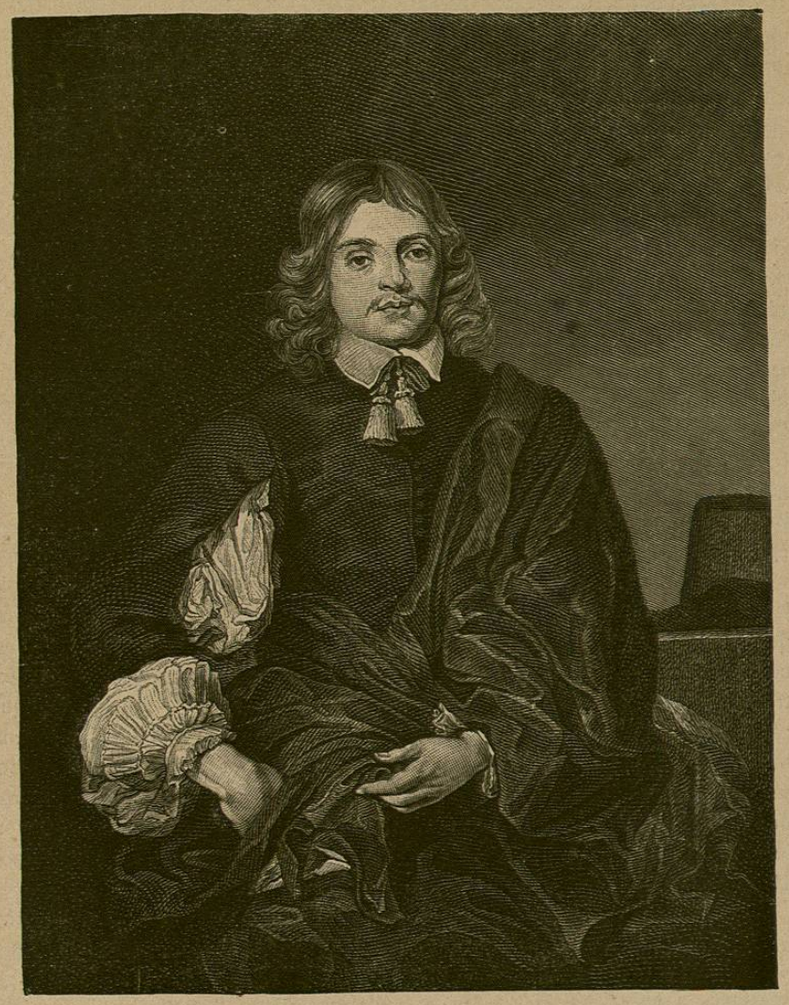
VI. - ROMPIMIENTO ENTRE EL REY Y EL PARLAMENTO

Cuando Carlos I meditó sobre el curso de los sucesos, debió decirse que su derrota había sido producida principalmente por el enlace íntimo de los asuntos escoceses con los ingleses, pues la invasión victoriosa de los escoceses le había obligado á convocar el Parlamento, y los jefes del Parlamento habían obrado de acuerdo con los escoceses del Covenant. Separar los intereses de la oposición en ambos reinos y ganarse la voluntad de los jefes de los escoceses era el principal objeto de su viaje; así fué que, al llegar á Edimburgo, reconoció los cambios más importantes verificados en el intermedio: las decisiones de la Asamblea general de la Iglesia y del Parlamento, la supresión del episcopado y la mayor autoridad de los Estados generales. Trataba especialmente de satisfacer á los más importantes miembros del Covenant, en primer lugar á Argyle, el orgulloso poseedor del condado de Argyle y de la parte Oeste de los Highlanders, «el rey Campbell,» como podía llamarse el severo é importante presbiteriano que á las pretensiones de un caudillo de clase alta unía la ambición de querer desempeñar un gran papel político. Aun el mismo Hamilton, el antiguo consejero del rey, que tanto tenía que temer de los del Covenant, no veía más salvación que ganarse su voluntad.

Pero la desconfianza por una y otra parte no había desaparecido por completo. Argyle y sus colegas habían descubierto, antes de la llegada del rey, un complot realista, y se habían apoderado de los principales conspiradores. Ninguno de ellos les era tan odioso como el joven conde de Montrose, el audaz rival de Argyle, cuya interesante figura es celebrada hasta las nubes en las poesías y en las novelas (1). De un temperamento de fuego, fantasía de poeta y dado á la imitación de los héroes de la antigüedad por la lectura de autores antiguos, se había lanzado de cabeza en la lucha de los partidos de su patria, figurando al principio, en primera línea, entre los partidarios del Covenant. Había sido el primero que cuando fueron á Inglaterra atravesó con su caballo el río Twed; pero pronto se sintió oprimido por la severidad del puritanismo y el orgullo de Argyle, empezando entonces una correspondencia con el rey y formando con otros nobles una alianza dirigida contra Argyle. El descubrimiento de este complot tuvo por resultado que Montrose y tres de sus partidarios fueran presos y encerrados en el castillo de Edimburgo. El rey empleó todos los medios para salvar á su fiel servidor de la venganza de sus enemigos, y éstos por su parte querían también perdonar á los conjurados; pero antes de que se llegase á un acuerdo desaparecieron de repente de Edimburgo Argyle, Hamilton y su hermano Lanark por hallarse amenazados de una nueva conspiración. Este

(1) Mark Napier. *Memoirs of the Marquis Montrore*, Edimburgo, 1856.

asunto misterioso causó la mayor sensación al otro lado de las fronteras de Escocia, y Carlos I se apresuró á presentarse ante el Parlamento escocés y á decla-



Lord Falkland. De un grabado de E. Scriven, según un cuadro de Van-Dyck

rar solemnemente que ninguna participación tenía en el asunto. Pronto volvieron los fugitivos viendo fortalecido su poder. Los presos fueron puestos en libertad, pero los cargos más importantes del Estado quedaron en poder de Argyle y sus compañeros, con la condición de que no se mezclarían en los asuntos de Inglaterra. La nación escocesa se hallaba completamente tranquila y e

clero usaba un lenguaje muy moderado; así fué que las bendiciones del pueblo acompañaron al monarca cuando abandonó en noviembre su país natal.

Algún tiempo antes había reanudado sus sesiones el Parlamento inglés, y mientras que continuaba los interrumpidos debates se hizo más y más evidente una escisión que ya había empezado á iniciarse antes de la suspensión de las sesiones. Del conjunto de la oposición, en un principio tan unida, se había separado un grupo de personas moderadas que veían con desagrado la manera como avanzaban sin recelo alguno Pym, Hampden, Haselrig, Cromwell, Vane y sus correligionarios políticos. Varios de los miembros de aquel grupo habían trabejado con gran celo para que pasara para siempre el tiempo de la arbitrariedad; habían sido los adversarios decididos de Strafford; querían poner freno al absolutismo y limitar el poder de los obispos; pero no deseaban que el Parlamento se sobrepusiese de un modo permanente á la Corona ni que se destruyera la constitución de la Iglesia hasta en sus cimientos. La aparición y aumento de las sectas religiosas en Londres los tenía intranquilos; así es que en la Cámara alta se habían aliado con los obispos y tenían gran mayoría sobre los Lores partidarios del puritanismo. En la Cámara baja contaban con un número importante de votos, siendo dirigidos en ella por lord Falkland, Hyde, Colepepper, Edmundo Waller y otros hombres de talento y abnegación, de los cuales algunos hicieron su nombre célebre en la historia de Inglaterra. Si Hyde alcanzó en época posterior su mayor gloria, con el nombre de lord Clarendon, una pronta muerte arrebató la brillante figura de Falkland del teatro de sus triunfos. Falkland era indudablemente el personaje más importante de aquel grupo: hombre de una amabilidad extraordinaria, protector de los sabios y de los escritores, estaba siempre pronto á acudir al auxilio de la desgracia y se hallaba libre de la estrechez de miras dogmáticas. La gran debilidad de este partido consistía en que carecía de programa fijo y en que no tenía apoyo ni arriba ni abajo. Sus miembros tuvieron que cambiar su papel de acusadores por el de defensores, viéndose obligados muchas veces á contradecir su pasado político, sin estar seguros del porvenir, pues la persona de Carlos I no ofrecía garantía alguna. Así fueron paso á paso avanzando hacia el campo de los amigos de la corte, llegando por último á un rompimiento completo con la mayoría parlamentaria.

La oposición extrema tenía en cambio la ventaja de que sabía lo que quería, pues luchaba por la supremacía del Parlamento sobre la Corona y por la separación de los obispos, que no eran más que empleados del rey. Tenía derecho completo á desconfiar del rey, y en esta desconfianza encontraba el principal motivo para ir siempre adelante. Los sucesos de Escocia produjeron gran irritación, pues se temía que la conjuración descubierta allí tuviese ramificaciones en Inglaterra: noticias de complots y de planes de asesinato parecieron confirmarse por ciertos indicios, como, por ejemplo, el haberse enviado un día á Pym una carta amenazadora, en la que iba incluído un pedazo de tela empapado en un tumor de un individuo atacado de la peste. Como de costumbre, todas estas cosas se achacaban «á los papistas» y á tos que rodeaban á la reina, tomándose medidas de precaución de todas clases. Se reforzaron los cuerpos de guardia de la ciudad, y la entrada del Parlamento se puso bajo la custodia de la milicia.

En esta disposición tan excitable se recibieron las primeras noticias, inciertas aún, de la insurrección de Irlanda; pero pronto llegaron detalles completos que llenaron de ira á todos los corazones ingleses. Con la caída de Strafford había desaparecido el enérgico gobierno que él había establecido en la verde Erin; el ejército fué disuelto; se suprimieron los tribunales especiales y faltaba una dirección superior, pues que el nuevo regente, el conde de Leicester, no había ido aún á tomar posesión de su cargo. Así fué que en la masa de los indígenas celtocatólicos nació el espíritu de rebelión, sintiéndose libres del peso que les había oprimido, y creyeron poder tomar venganza del desprecio de su religión y del robo de sus campos. El ejemplo de las sublevaciones de Escocia é Inglaterra ejerció su influjo en ellos y dió lugar á escenas que apenas encuentran otras con que compararse en la historia contemporánea. La primera idea de una sublevación fermentó en la cabeza de un jefe procedente de la raza primitiva de Irlanda, el astuto Roger More, que consiguió atraerse á algunos católicos de origen inglés. El plan de los conjurados era apoderarse en un día del castillo de Dublín y de las demás plazas fortificadas, exterminar ó poner en fuga á los colonos ingleses protestantes y á los escoceses, volverse á apoderar de los terrenos que se les había arrebatado y establecer como única religión la católica. En el plazo antefijado, el 23 de octubre, estalló la revolución. Dublín pudo aún salvarse á última hora, pero en los demás puntos fueron vencidos los protestantes y arrojados de sus casas y de las poblaciones. Las masas, ávidas de sangre, siguieron sus instintos salvajes y sus jefes procuraron aún excitar su odio. El Norte y el Noroeste de la isla quedaron completamente en poder de los rebeldes, y únicamente dos plazas, además de Dublín, ofrecieron refugio y protección á los medio desnudos y hambrientos fugitivos.

Inglaterra recibió la noticia de tales acontecimientos con un grito de venganza. La relación de lo que había sucedido fué notablemente exagerada, y cada día se oían relatos de hombres asesinados, mujeres ahogadas y niños condenados á una muerte lenta; los puritanos habían extremado de tal suerte su odio contra los partidarios del papismo, que parecía entonces confirmarse todo lo que la fantasía puritana había inventado acerca de ellos. Los sucesos de Irlanda tuvieron su reacción en la marcha política de Inglaterra. Por el momento, lo que más interesaba era enviar tropas á Irlanda para combatir á los rebeldes y oponerse á la independencia de la isla; pero ¿debía concederse al rey esta fuerza cuando se temía que la empleara contra el Parlamento? Aún gozaban de su favor muchos católicos de los más principales; además, se creía saber que la facción española era aún poderosa en la corte, y en lo que concernía á la rebelión, los jefes irlandeses se cubrían con el nombre de Carlos I y de su esposa.

Uno de los caudillos más influyentes, Felim O'Neile, decía tener una orden del rey, fechada en Edimburgo, por medio de la cual autorizaba á sus fieles súbditos católicos á atacar á los colonos de nacionalidad inglesa y apoderarse de sus bienes, y el ejército de los rebeldes se llamaba unas veces «ejército del rey» y otras «ejército de la reina.» En verdad, Carlos I no tenía participación alguna en los acontecimientos de Irlanda, pero con tanto mayor motivo se culpó á la corte, cuanto más claramente se vió que el movimiento irlandés iba dirigido contra el poder creciente del puritanismo, y en este sentido lo interpretaba asimismo el rey, «Espero, hizo decir á uno de sus servidores en Escocia, que las malas noticias de Irlanda impedirán algunas locuras en Inglaterra.»

Los jefes del partido radical en el Parlamento supieron aprovecharse perfectamente de la situación de las cosas. Expusieron á los Lores que debía pedirse al rey que separase de su lado «á sus malos consejeros papistas,» y al mismo tiempo solicitaron el apoyo de la Cámara alta para en caso necesario poder disponer de las milicias de este lado del Trent por medio de una orden del Parlamento. El objeto de Pym y de sus correligionarios era formar un ministerio del seno de la mayoría y apoderarse de la dirección de la defensa del país, que hasta entonces había pertenecido exclusivamente á la Corona. Estos deseos fueron expuestos al rey como una amenaza directa por los comisarios del Parlamento, que como vigilantes le habían acompañado en su viaje, y al mismo tiempo se acordó dirigir un llamamiento al pueblo en forma de acta, cuya deliberación produjo debates muy apasionados en los Comunes. Era el «Manifiesto general,» que contenía al mismo tiempo la historia de las arbitrariedades cometidas y los medios de impedir que se repitieran; en junto unas 206 cláusulas. En él se mezclaban también los asuntos religiosos con los políticos; se pedía el cumplimiento riguroso de las leyes contra los católicos, la separación de los obispos de la Cámara alta, la convocación de un sínodo general para llevar á cabo la reforma de la Iglesia, y que se diesen los cargos públicos á hombres que poseyeran la confianza del Parlamento: este programa debía ser remitido al rey y expuesto ante el país. El partido medio de los moderados empleó todos sus esfuerzos en hacer que se desechase el manifiesto general, usando de la palabra los oradores más caracterizados, pero sus adversarios no mostraron menor tenacidad. «Si la exposición no se hubiera aprobado, dijo Cromwell, hubiera vendido todo lo que poseo para expatriarme.» Una mayoría de once votos aprobó la exposición en 22 de noviembre: cuando concluyó la votación era ya media noche, pues la sesión había durado de un modo extraordinario; así es que hubo nueva lucha sobre si la exposición debía imprimirse en seguida ó no. Los moderados amenazaron con hacer una protesta, y en el tumulto algunos de los diputados echaron mano á las espadas, hasta que la clara voz de Hampden restableció la calma, suspendiéndose la impresión momentáneamente.

Pocos días después de esta borrascosa sesión regresó el rey, quedando muy

contento del recibimiento que se le hizo, pues la City le recibió con todas las muestras de una lealtad satisfecha, y en Guildhalle se le dió una espléndida comida. Al regresar á Whitehall, á la luz de las antorchas, el pueblo le acompañó con gritos de alegría. Aumentóse con ello su confianza y exigió que fuese disuelta la guardia que se había dado el Parlamento, «pues su real presencia era protección suficiente para las Cámaras.» El 1.° de diciembre recibió en Hampton-Court una diputación de la Cámara baja que le presentó la exposición, leyéndole al mismo tiempo una petición en la que se trataba de los dos asuntos político-religiosos principales: separación de los obispos del Parlamento y dimisión de los malos consejeros. El rey hizo sólo algunas observaciones durante la lectura y se declaró pronto á contestar después, expresando el deseo de que se esperase hasta entonces la publicación del manifiesto. Todo se había verificado con las formas más corteses; pero de sobra se observaba que la situación era tirante, habiendo ocurrido ya algunas escaramuzas entre el populacho excitado y la nueva guardia que el rey quería dar al Parlamento. Por otra parte, los primeros pasos del rey contribuyeron á aumentar la desconfianza general. Empezó quejándose al Parlamento de que se perdiese el tiempo y no se votasen los subsidios para combatir á los rebeldes irlandeses, publicó una proclama prohibiendo las modificaciones introducidas en el ritual eclesiástico por disposición del Parlamento y no se pasaron un par de días sin que promoviese un nuevo conflicto. La Cámara estaba discutiendo un bill acerca de la reunión de soldados para la campaña irlandesa, cuando Carlos I intervino en la discusión con la prematura declaración de que sólo aprobaría el bill en caso de que se le conservasen sus prerrogativas. El Parlamento protestó, y ante la protesta de ambas Cámaras tuvo el rey que presentar sus disculpas. El manifiesto general fué impreso contra la voluntad del rey, y su contestación, dejando traslucir cierta irritación, nada prometía en definitiva. En tales circunstancias no podía esperarse que la antigua idea, no abandonada por completo, de conceder los altos cargos del Estado á los jefes de la mayoría se realizase entonces; por el contrario, el rey adoptó el partido de tomar á su servicio á los individuos más notables de la minoría, atrayéndoles así á su causa de un modo duradero. Lord Digby, que había combatido con la mayor energía el bill *of attainder*, instituído contra Strafford, y el hijo de lord Bristol, que había recobrado el favor de su soberano, hombre ilustrado y enérgico, fueron los consejeros más escuchados de la real pareja. Falkland y Colepepper ocuparon los cargos de secretario de Estado y canciller de la tesorería, y Eduardo Hyde, aunque sin desempeñar aún cargo alguno, ponía al servicio del rey su talento y su influencia. Todos estos hombres se convirtieron en cómplices de sus actos, aunque no todos aprobaran por completo los golpes de Estado en que tomaron parte. Se presentía un peligro inminente; en la sala de conferencias de Westminster se oyeron palabras amargas contra Bristol y Digby, pero mayor aún era la excitación del pueblo que rodeaba el palacio.

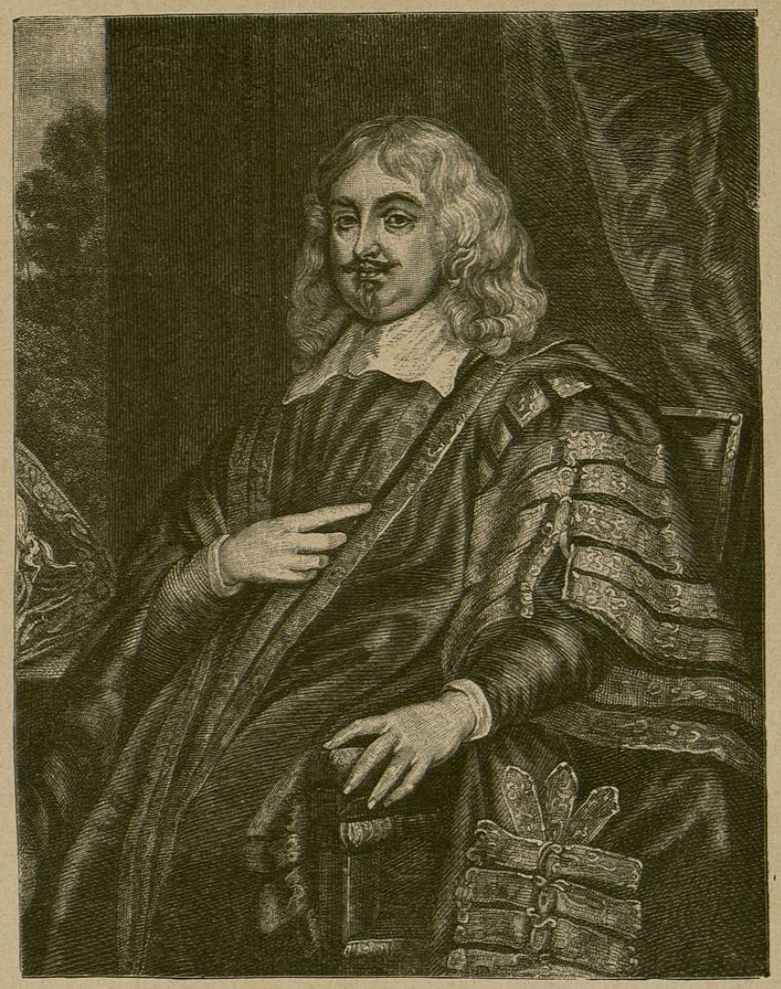
Hacía largo tiempo que gran parte de la burguesía de Londres estaba descontenta de las autoridades de la ciudad, y se manifestaba intranquila respecto del porvenir. Para muchos el Lord-corregidor pertenecía al partido de la corte y el municipio mostraba poco celo puritano. Nuevas elecciones modificaron la corporación en sentido favorable á los amigos de reformas en la Iglesia; pero, á pesar de esto, los ánimos se hallaban poseídos de angustia y recelos en la clase media y en la baja. La numerosa clase de los aprendices, no siendo retenidos por sus patronos, era un buen elemento cuando se trataba de hacer presión en el gobierno. Este aumentó la desconfianza de los burgueses relevando al comandante de la Torre, hombre popular, y poniendo en su lugar al coronel Lundsford. Los antecedentes de éste no eran de los mejores, y además había tomado parte en el complot militar de la primavera, creyéndosele capaz de cualquier acto de fuerza. Los comerciantes temieron por las barras de oro y plata que se hallaban en la Torre; en la Cámara baja se redactó una petición en la que se indicaba el deseo de que se relevara á Lundsford, y veintidós individuos de la Cámara alta expresaron la misma opinión. El mismo Lord corregidor aconsejó al rey que dejara sin efecto tal medida; pero cuando esto se verificó era ya demasiado tarde para impedir escenas tumultuosas.

Era la época de Navidad, y las calles se hallaban llenas de gente que celebraba la fiesta á pesar del frío. Por otra parte, en el palacio de Whitehall había una guardia real, compuesta de cortesanos, oficiales y soldados licenciados, que no dejaron de excitar al pueblo; así es que el 27 de diciembre ocurrió una lucha sangrienta en los alrededores de Westminster: aprendices, obreros y marineros, riñeron con Lundsford y su gente, siendo heridos varios ciudadanos.

En estas escaramuzas es donde empezaron á usarse los apodos de «caballeros» y «cabezas redondas,» nombres que durante unos veinte años fueron tan célebres como después lo han sido los de «torys» y «whigs.» Bajo el nombre de caballeros se designaba á los partidarios de la corte, los hombres que iban siempre ataviados con la mayor elegancia; pero en cambio los retratos de aquel tiempo demuestran cuán poco fundado era el nombre de «cabezas redondas» como signo distintivo de partido, pues puritanos como Milton y Cromwell, por ejemplo, llevaban una cabellera de la que no hubiera tenido que avergonzarse el más celoso realista.

Durante estos tumultos, cuando los obispos se dirigían á la Cámara alta, oían los mayores insultos, pues hacía dos meses eran el blanco principal de los más violentos ataques, atribuyéndose á su influencia el que los Lores no hubiesen apoyado en su mayoría la protesta de la Cámara baja contra el nombramiento de Lundsford. A uno de los dignatarios de la Iglesia, Williams, nombrado recientemente arzobispo de York, le destrozaron el traje episcopal; por invitación suya, se reunieron en su casa once de sus colegas, y firmaron una protesta en la que declaraban que los ataques del pueblo les impedían ocupar regularmente su sitio en la Cámara de los Lores, y hacían constar que todas las decisiones que se

aprobasen desde el 27 de diciembre hasta que concluyese su ausencia, las tendrían por nulas y sin efecto. El día 30 de diciembre enviaron la protesta al rey



Eduardo Hyde. De un grabado de R. Cooper, según un cuadro de Pedro Lely

y á la Cámara alta, sin adivinar el efecto que produciría su atrevido escrito. Los Lores trasladaron la protesta á los Comunes, y éstos vieron en la resolución de declarar anticipadamente por nulas las disposiciones del Parlamento, un ataque á las leyes fundamentales del reino. Acusaron, pues, á los obispos ante los Lores del crimen de alta traición y reclamaron que se les pusiese presos. Se llamó á

los obispos, tuvieron que oir la acusación arrodillados en la barra, trataron inútilmente de disculparse y fueron reducidos á prisión. Lo que durante tanto tiempo no había podido obtenerse, se consiguió por un acto de precipitación de los obispos. Por fin se les había alejado de la Cámara alta, y no debía ya temerse su oposición al tratarse de reformar la Iglesia.

La mayoría de la Cámara baja no trató de ocultar su alegría por el paso en falso dado por sus adversarios, pero pronto volvió á su gravedad ante el anuncio que le hizo John Pym de un peligro inminente y extraordinario. Pym sabía de un modo cierto que el rey quería dar un gran golpe contra el Parlamento, aunque no estaba enterado de cuándo debía verificarse, limitándose sólo á dar noticias confusas, de las cuales quizá la condesa de Carlisle había sido la portadora, como otra vez, pues esta hermosa y discreta dama, admiradora en otro tiempo de Strafford, desde que el rey le había sacrificado, había dirigido todas las muestras de su afecto al jefe del partido del pueblo, y se había entretenido en establecer entre la corte y él un tejido de intrigas y secretos. La Cámara baja se contentó con pedir al rey una guardia de la City, bajo el mando del conde de Essex, y tomó por sí algunas medidas preventivas. El rey no dió su contestación hasta el 3 de enero, y en ella juró de nuevo «delante de Dios Todopoderoso» que no veía motivo alguno para tal temor, y aseguró bajo su «palabra de rey» que tan interesado estaba en proteger á los individuos del Parlamento contra un acto de fuerza, como en la conservación de su propia vida y la de sus hijos. Casi al mismo tiempo que la Cámara baja recibía esta respuesta, el procurador general Herbert entregaba á los Lores, en nombre del rey, una acusación de alta traición contra uno de sus miembros, Kimbolton, que según parece había estado en estrechas relaciones con los escoceses, y contra cinco miembros de la Cámara de los Comunes (1). Estos eran Pym, Hampden, Haselrig, Strode y Holles, cinco hombres, no de la misma talla, pero sí igualmente odiados en la corte, porque, ó como los dos primeros, eran los jefes de la Cámara, ó como los tres últimos, en muchas ocasiones y aun recientemente, habían herido profundamente al gobierno.

El rey creía poder usar con buen resultado del mismo medio de que se había valido en otro tiempo la mayoría de la Cámara contra Strafford; así les acusó de haber intentado destruir las leyes fundamentales del reino y establecer en su lugar un gobierno tiránico, no comprendiendo que esta acusación no podía sostenerse ante los Lores en tal forma.

Los Lores oyeron la lectura del acta con creciente asombro, y en vez de conceder la prisión de los acusados como pedía el procurador general, consintieron que Kimbolton dijera en seguida dos palabras de contestación y nombraron una comisión para examinar si la acusación procedía con derecho. Digby, que estaba sentado al lado de Kimbolton, hízose el sorprendido, manifestando en voz

(1) Los sucesos que siguen son tratados con minuciosidad y con interés dramático en los estudios de John Forster: *Arrest of the five members*. 1860.

baja al hombre á quien más odiaba que S. M. estaba mal aconsejado, y abandonó la Cámara, según dijo, para impedir males mayores con sus consejos. En el entretanto los Comunes supieron por boca de Pym que servidores del rey habían entrado en su habitación, así como en las de Hampden y de Holles, para sellar sus papeles; sin vacilar declararon que este acto era una infracción de los privilegios parlamentarios, y añadieron que los miembros del Parlamento tenían derecho á defenderse contra la tentativa de apoderarse de sus personas si su prisión no había sido autorizada. Apenas acababa su discurso, se presentó á la barra el heraldo real y pidió que se le entregasen los cinco acusados. Se le hizo salir y se envió por medio de una comisión una contestación al rey, que, si bien muy moderada en la forma, no podía dejarle duda alguna acerca del espíritu que reinaba en la Cámara baja.

Se le hizo saber que su demanda atacaba los privilegios del Parlamento y que debía ser presentada de un modo formal; entretanto se comprometían á que los cinco miembros no rehuyesen una acusación legal, pues el presidente prometía por ellos que comparecerían á ocupar cada día su sitio. Lo que sucedió después demostró asimismo la presencia de espíritu y la energía de que se hallaban poseídos los representantes del país en aquellos críticos momentos. Ya se da á entender que se pusieron á conferenciar en seguida con los Lores; después se rompieron los sellos que se habían puesto en nombre del rey en los papeles de los acusados: los hombres que habían desempeñado el real mandato fueron reducidos á prisión, y se pidió por último á las autoridades de la ciudad que dieran al Parlamento una guardia sacada de las milicias.

Era indudable que el rey había sufrido una derrota, y si quería llevar adelante sus propósitos no le quedaba más recurso que echar mano de la fuerza; pero tampoco retrocedió. Las pretensiones del Parlamento habían ido creciendo paso á paso; en todos los círculos de la vida pública era desacatada la regia autoridad; la situación de la Iglesia había cambiado radicalmente, y los hombres que merecían la confianza del rey eran el blanco de ataques odiosos, y aun era de temer que su esposa fuese sometida á una acusación; pensó, pues, que era mejor romper con mano atrevida la red que le iba envolviendo antes que verse cada vez más encerrado en sus mallas. En la noche del 3 al 4 de enero se celebró consejo en Whitehall, ignorándose quiénes fueron los que tomaron parte en él; sólo se sabe que la intervención de la reina tuvo gran influencia. El Lord corregidor fué interrumpido en su sueño, se le prohibió en nombre del rey que diera á la Cámara de los Comunes la guardia que había pedido y se le dió orden de reprimir todo tumulto empleando para ello la fuerza. Se preparó la Torre para una enérgica resistencia; los caballeros y soldados que acostumbraban á estar en el castillo permanecieron sobre las armas, y se pidió el apoyo de los jóvenes estudiantes de los colegios de derecho, que siempre se habían distinguido por su gran lealtad.

En la mañana del 4 de enero se reunió la Cámara baja. Se tenía noticia de